



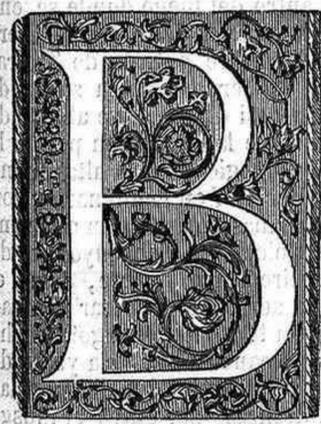
# EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 44. PRECIO DE LA SUSCRICION.—Madrid: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 31 DE OCTUBRE DE 1869.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO, AÑO XIII un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

## REVISTA DE LA SEMANA.



**B**ien comprenden nuestros lectores cuánto gana la causa de la civilización y cultura de los pueblos con la comunicación mútua de sus ideas y adelantos científicos. Por esto nos alegramos en el alma al ver que se van removiendo los obstáculos que existían para la comunicación de pueblo á pueblo, máxime tratándose de aquellos que tienen un origen común, tendencias semejantes y recuerdos que en estrecho lazo de hermandad desde muy antiguo los unen y tienden á identificarlos. Sugiérenos tales reflexiones el hecho de haber propuesto la Academia de Ciencias de Lisboa á nuestro gobierno un cambio activo y recíproco de cuantas obras de importancia vean la luz pública en ambas naciones. Igual proposición ha dirigido á España el jefe del gabinete italiano señor Menabrea, por medio del representante de aquel Estado en Madrid, enviando al propio tiempo una relación de las obras que ya tiene coleccionadas para remitirlas á nuestro gobierno. El cambio ha sido aceptado y este nuevo lazo civilizador unirá á tres naciones hermanas.

«rético,» ó sus paladares no eran suficientes para apreciarlo. Esto parecerá increíble á nuestros lectores, hallándose consignada en la Constitución del país la libertad de cultos; pero es verdad.

Una reforma ha llamado extraordinariamente la atención estos últimos días, y es la sanitaria proyectada por el señor Sagasta. Tan beneficiosa es para el tráfico interior y exterior, que de todos los puertos de la Península en ambos litorales desde Barcelona á la Coruña, el comercio, navieros y ayuntamientos han dirigido al señor Sagasta felicitaciones con millares de firmas, agradeciéndole lo que ha hecho y animándole para lo que resta por hacer. Tiempo es ya de vivificar nuestro abatido comercio, rompiendo las onerosas tradiciones cuarentenarias, hijas de la ignorancia y compañeras del despotismo; especialmente cuando por desgracia hemos experimentado ya la insuficiencia de los espurgos, fumigaciones y detenciones tan prolongadas como arbitrarias.

Se envían á Cuba nuevos refuerzos para dar el golpe de gracia á la ya desalentada insurrección. Las fragatas de guerra blindadas *Zaragoza*, *Tetuan*, *Numancia* y *Resolucion*, y las de hélice *Cármén*, *Berenguela*, *Villa de Madrid* y *Asturias* se hallan listas para la marcha y esperando órdenes. La fragata *Cármén*, con un batallón de infantería de marina, ha llegado á Cádiz para proveerse de víveres y combustibles y proseguir su rumbo. Asimismo en los primeros días del próximo noviembre saldrán para la Habana conduciendo 2,500 hombres perfectamente dispuestos y equipados, los buques de guerra *Navas de Tolosa*, *Borja*, é *Isabel la Católica*.

El buque corsario *Hornet*, bautizado luego con el nombre de *Cuba*, detenido y puesto en libertad por las autoridades marítimas de Wilmington, fue embargado segunda vez por las autoridades marítimas federales y reducidos los oficiales á prisión. Llevaba este buque á bordo, según *La Revolucion*, periódico que en Nueva-York publican los insurrectos cubanos, siete piezas de artillería y todo el armamento correspondiente á un buque de guerra, con una tripulación muy numerosa. Lo particular es que *La Revolucion*, después de declarar que dicho buque es corsario, se admira y estraña que lo haya embargado el gobierno de los Estados-Unidos. Su tripulación se componía de aventureros anglo-americanos y solo va entre ellos un

individuo natural de Cuba. Sábese por *El Cronista* de Nueva-York que existen pruebas incontestables de que el *Hornet* fue armado y equipado dentro de la jurisdicción de los Estados-Unidos. Así no podrá eludirse de ningún modo la penalidad señalada por los artículos 1.º, 3.º, 5.º y 13 del acta del Congreso americano, ni la contenida en el artículo 14 del tratado de paz, amistad y comercio de los Estados-Unidos con España, firmado y ratificado por ambas naciones.

Como escita hoy tan vivo interés cuanto se relaciona con la magna obra de la canalización del istmo de Suez, transcribimos la inscripción que se dice hallada en este lugar. Está escrita en lengua persa, asiria y meda con caracteres geroglíficos y habla del proyecto formado por Darío, padre de Jerjes é hijo de Histaspas, de cortar el istmo de Suez, cuyo proyecto abandonó, según afirma Estrabon, porque le manifestaron que el nivel del mar Rojo era más alto que el de la tierra de Egipto y la inundaría. La inscripción dice así: «Un gran Dios es Ormuzd, que creó el cielo, que creó esta tierra, que creó al hombre y dió al hombre su voluntad, y hizo á Darío rey, y le dió este reino tan grande y tan incomparable.—Yo soy Darío, gran rey, rey de reyes, rey de los países en donde se hablan tantas lenguas, rey de esta inmensa tierra de cerca y lejos, hijo de Histaspas.—Darío el rey dijo: Yo soy persa. Con el auxilio de Persia he conquistado el Egipto. He mandado abrir un canal que arranque del río Nilo que corre por Egipto hasta el mar, que está en comunicación con Persia: después el canal fue abierto aquí como yo lo había mandado. Entonces dije yo: Id, á salir de Bera, hasta el litoral destruid la mitad del canal, como según es mi voluntad.» Compréndese por la última parte de la inscripción que debió fracasar tan colosal proyecto.

A pesar de que algunos miembros exaltados de las juntas populares fueron recorriendo los talleres del barrio de San Antonio para escitar á los obreros á que celebrasen el día 26 una manifestación numerosa, no consiguieron su objeto y dicho día trascurrió sin ningún suceso notable. Poco antes, en una reunión pública, verificada en el arrabal de Clichy, los diputados Bancel, Julio Ferry, Pelletan y Julio Simon fueron injuriados por la multitud, escitada, según aseguran algunos periódicos, por agentes de la policía francesa disfrazados y mezclados entre los radicales. Muy probable

es que la apertura de las sesiones extraordinarias del cuerpo legislativo se celebre en los primeros días de noviembre.

Entre tanto, el señor Virchow, al frente de los progresistas de Berlín, ha presentado á la Cámara una proposición pidiendo al gobierno que estudie y haga economías en el monstruoso presupuesto de la Guerra, empleando su acción diplomática para conseguir un desarme general. El partido conservador se opone tenazmente, no solo á un desarme general, sino aun cuando fuere parcial, asegurando que Prusia no puede sostener sus recientes conquistas y su predominio militar en Europa, disminuyendo los cuadros de su ejército; pues todos los necesita para una época más ó menos cercana. De la misma suerte opina el gobierno ruso; pues lejos de disminuir sus fuerzas militares, las aumenta cuanto puede con formidables máquinas construidas en los talleres del imperio, ó encargadas á las fábricas de otras naciones. Ultimamente ha recibido un considerable número de cañones rewólvers, mandados construir por su cuenta en los talleres de los Estados-Unidos.

En Lóndres ha habido algunos desórdenes con motivo de varias manifestaciones tumultuosas pidiendo al gobierno la libertad de los presos fenianos: una carta autorizada de Mr. Gladstone declara que las Cámaras no apoyarán tal petición, ni el ministerio la concederá para no comprometer la seguridad pública.

Además de la declaración diplomática hecha al Pontífice por Francia sobre considerar nulas todas las decisiones del próximo Concilio que sean contrarias á la Constitución y leyes del país, el representante de Austria ha recibido de su gobierno instrucciones análogas, así como los enviados de otras naciones. Tiempo es ya de que el pontificado se limite á su esfera propia de acción, sin entrometerse en la vida civil y política de los pueblos; pues dicho está por el mismo Jesucristo que no es su reino de este mundo.

El emperador Francisco José de Austria, acompañado de una numerosa servidumbre, ha partido para Constantinopla y de allí pasará al istmo de Suez. Mientras tanto doña Isabel con su familia y los ex-reyes de Nápoles acuden á Roma. Es providencial. Los monarcas que rigen pueblos donde la civilización y el progreso extienden sus brillantes alas, van á presenciar el gran acontecimiento de la unión de dos mares, unión fecunda para el comercio, las ciencias y la navegación; van á celebrar esa Pascua de la humanidad que abre nuevas vías á las generaciones futuras: en tanto que otros príncipes, después de haber perdido su corona por querer oponerse á las corrientes de la civilización, acuden silenciosos á Roma para oír las inútiles voces, tal vez los anatemas de un poder decrepito contra un mundo que sacude su yugo y se le escapa. Unos y otros príncipes están en su lugar.

N. C.

## EL ISTMO DE SUEZ (1).

### I.

Señor director y mi querido amigo: Hoy salen de París los primeros comisionados que han de presenciar oficialmente la apertura del canal de Suez, y hoy he desembarcado yo en este hermoso puerto del Egipto. Mi viaje, sin embargo, no ha sido tan elegante ni tan cómodo como deberá serlo el de esos privilegiados de la fortuna que deben á su mérito unos, á sus amistades otros, á gracias ocultas los más, la honrosa preferencia de contarse entre los huéspedes del Khedive: no ha sido tan cómodo ni tan suculento, pero ha sido más rápido; estoy aquí diez días antes que los primeros y treinta días antes que los últimos.

Usted sabe que *La Epoca* no ha sido convidada á esta solemnidad, pero ¿á quién voy á contárselo? á usted que me refirió con la sonrisa en los labios el día de mi partida las razones en que se fundaba el convidante para no haber otorgado á *La Epoca* este honor hasta cierto punto revolucionario; á usted, que apretándome la mano, subiéndome en el estribo del coche me decía: «Puesto que *La Epoca* no ha sido convidada, es necesario que nadie llegue antes que ella; puesto que se figuran que no va á ver nada, es necesario que lo vea todo; puesto que consideran á sus numerosos lectores de España y del extranjero poco interesados en el acontecimiento más notable del siglo actual, es necesario que nosotros hagamos esfuerzos individuales para satisfacer la curiosidad científica, literaria y artística de estos lectores hasta el punto que ellos se merecen. Animo, pues, y á trabajar.»

Con el murmullo de estas palabras, efectivamente me embarqué hace algunos días en Marsella á bordo de un navío holandés de colosales proporciones. No he escogido yo para hacer este viaje á Egipto, ni los hermosos barcos de la Mala inglesa de la India, ni los no-

menos magníficos de las Mensajerías imperiales de Francia, ni ninguno de esos steamers lujosos que el gobierno egipcio ha puesto á disposición de las notabilidades europeas, ni siquiera uno de esos clipers americanos de quilla sutil que hienden las aguas con la presteza del vapor, aunque ellos marchan á impulsos de la lona y el abacá. Mi viaje ha sido clásico del istmo; mi barco ha sido un fragaton de tres palos, de esos que cargan en los bancos de Terranova 25,000 quintales de bacalao y vienen medio vacíos; un fragaton de comercio, grande como la mar, duro como las tempestades, sombrío como el pensamiento en medio del Océano.

No le digo á usted su nombre porque no me acuerdo de las letras consonantes que contiene, y porque estoy seguro de que después de escrito no podrían pronunciarlo ninguno de los lectores de *La Epoca*, excepto el embajador de Holanda. El capitán se llama Mr. Jonas, y es un marino de cuerpo entero que trae la pretensión de ser el primer barco mercante (son sus palabras) que atraviese desde el Mediterráneo hasta el mar Rojo con cargamento de comercio.—«Estos barquillos que vienen detrás (decía con cierto desden) representan la parte moral de la fiesta; yo represento la parte material: ellos abren y yo atravieso.»—Mr. Jonas se cree un Magallanes de tienda abierta.

Lo notable de mi barco consiste en que es un navío preparado ya para el viaje del istmo. El gran afán de romper esa lengua de tierra que produce un rodeo de 3,000 leguas en el viaje de Occidente á Oriente, no ha sido nunca en favor de los viajeros ni de las llamadas mercaderías: esos atravesaban el Egipto en caravanas primero, y en un buen camino de hierro después, con gran presteza, comodidad y baratura: hoy harán un viaje semejante. El problema se refería al buque de vela y á la mercancía gruesa, á esos elementos principales de la riqueza, de la civilización y de la vida de los pueblos. El barco de vapor y la locomotora lo habían hecho ya todo con respecto á los ricos; lo que no habían hecho nada era con relación á los pobres; los pobres, pues, son los que están hoy de enhorabuena, es decir, la humanidad.

Mi barco, ó para hablar más propiamente, el capitán Jonas, tiene sobre la cubierta un cuarto palo negro que á los iniciados no nos cupo duda de que era la chimenea de una maquina de vapor de 120 caballos, propulsora auxiliar del enorme velamen plegado á la arboladura del monstruo. Esta máquina está parada, y su alimento de carbon, que no ocupa sino un exiguo lugar de la panza del buque, constituyen la solución del problema mercante con respecto al canal de Suez.

Efectivamente: romper el istmo se concibe, así como se concibe el paso inmediato y franco de los buques de todas especies por medio de los remolcadores; pero detrás del Egipto está el mar Rojo, ese mar pestilente y encalmado, caldera del infierno durante muchos meses del año, cuyo calor sofocante asfixia, y cuyas emanaciones pútridas matan; están los mares de la China con su revuelto fondo; con sus oleajes tremendos y aterradores; están los monzones contrarios, esos vientos semestrales del Oriente que juegan con un navío de 3,000 toneladas como con una barca pescadora; están, en una palabra, los más fuertes contratiempos de las navegaciones de altura, y contra ellos era débil ventaja la ruptura del istmo, sin la transformación en buques mistos de los barcos que hacen habitualmente el comercio de la Indo-China.

El capitán Jonas transformó su buque sabio y previsivamente en uno de los astilleros de Rotterdam. El costo de esta operación no es gran cosa comparado con los efectos que ha de producir; el buque no pierde considerable espacio ni exige desmedido aumento de gasto en los tripulantes; porque como la máquina no funciona sino en ocasiones solemnes y para vencer resistencias destructoras; ni el personal, ni el combustible, ni el macizo, que son los tres enemigos del comercio al vapor, varían esencialmente la sóbria economía y productiva cachaza del barco que obedece al timon y la lona para navegar. En cambio ese barco ahorra 3,000 leguas de curva, escusando el cabo de Buena-Esperanza, y duplica sus viajes abaratando considerablemente el precio del transporte. ¿Quién, pues, gana aquí?

Yo temo mucho que ningún español haya transformado todavía su fragata, y temo, por consiguiente, que la marina mercante extranjera se nos entre en Filipinas compitiendo aun con los derechos diferenciales; pues esto retrasará la franquicia absoluta que debe existir en los puertos del archipiélago español, como rodeado que está de puertos francos ingleses, franceses y holandeses, al paso que acarree perjuicios inmediatos á nuestros navieros y navegantes. En cuanto vea alguno me apresuraré á comunicarlo y enaltecerlo.

### II.

—Vasco de Gama, (me decía el capitán Jonas la última noche de viaje, sentados á la banda del buque) llevó á la Oceanía la civilización y el cristianismo: yo llevo allí la baratura del queso y de la cerveza, llevo telas de algodón casi de balde para vestir á mis compatriotas desnudos, llevo instrumentos de labranza que

cambiaré por arenas de oro, y el negocio será doble yo no soy un Vasco de Gama, pero soy uno de sus buenos segundos.

Las palabras del capitán habían pasado casi desapercibidas á mi imaginación, porque en aquel momento solo me embargaba el espectáculo de esas dos sublimes monotonías que constituyen la mayor variedad de la naturaleza: el cielo y el agua.—Hay en el aspecto de un cielo azulado y tranquilo, así como en el de una agua reposada y verdosa, tanto quietismo movible, tanto silencio parlador, tanta opacidad brillante y colorida, que el viajero de la mar puede pasarse hora tras hora contemplando esa especie de nada, con la ilusión de que contempla el infinito. Y es que la naturaleza ha hecho el teatro y las decoraciones para que el hombre represente el drama en su imaginación. Todos los ruidos, todos los movimientos, todos los colores de la velada de mar, los lleva el viajero en su cabeza, se los despierta la razón y el discurso, se los corporiza la fascinación del encanto. Aquella estrelluela que guiña el ojo entre la nube, aquella gota de agua que se queja al ser atropellada por las demás, ¡qué mundos y qué tormentes! ¡qué misterios y qué viajes!—El hombre, sin embargo, lo escala todo, lo escudriña todo, quiere estudiarlo y beneficiarlo todo: se le ahueca el fondo de un vaso y hace la lente ecuatorial, se le inflama un poco de azufre y hace el revolver, se le salta la tapadera de la olla y hace la hélice, contempla la corriente de una gota de agua y rompe los istmos. ¡Qué mundos y qué hombres!

Así meditaba yo con la cabeza apoyada sobre los brazos mirando al agua, mientras el capitán Jonas, que se veía poco atendido por su pasajero, ó que filosofaba también para los adentros de su capoton de marino, se alejaba de mí, con el antejo en la mano, diciendo á media voz:

—Hay que estar alerta para las costas; estos mares deben estar resentidos con ese diablo de francés.

Y marchó en derechura hácia el puente de la nave, dejándome completamente sólo con mi pensamiento y sus palabras.

Efectivamente, me dije á mí mismo: *estos mares deben estar resentidos con ese diablo de francés*. El estrecho de la Sonda y el de Gibraltar son algo; para algo existen el istmo de Panamá y el de Suez; el mar Rojo no es el mar Mediterráneo: ¿qué subversión de mundos y de mares es ésta? ¿Cómo se atreve el hombre á enmendar la plana á la naturaleza? ¿Qué van á hacer estas aguas con nosotros?

Las gotas seguían salpicando en el costado del buque. Creí ver una clara y distinta entre las demás, y la interrogué sobre su historia, con ánimo de explorar el fondo de nuestro comun secreto; pero su historia, con haberme dicho mucho, no me dijo nada de lo principal que yo quería saber.

Esa gota había nacido salada en el Mediterráneo: jóvenes aun, la arrancan las corrientes subterráneas, y por el Estrecho de Gibraltar la llevan al mar Océano, al Atlántico, al de las Antillas, á una de las grandes calderas que, según Murray, engendran la lluvia en el fondo del seno mejicano. Atropellada y falta de albedrío, como toda juventud aventurera, llega en torrente misterioso á aquel antro del fuego donde se engendran sin duda los ricos metales de la Sonora, pero de donde mana también la fiebre pútrida de Tierra-Caliente. Allí, en torturas de hervor, busca su salida al aire libre, y evaporada y casi dulce, se ve absorbida por las nubecillas brumosas de la mar. Bien pronto la sutileza de su peso la eleva á regiones más altas, donde corrientes supra-atmosféricas, en combinación con opuestas corrientes sub-marinas, la arrastran con vendabal impetuoso hácia el polo Norte, en cuyo helado ambiente se solidifica. El aire corre y corre, como el agua corria: su carrera se acorta al tropezar con capas de aire denso de la zona templada, y la gota hecha perla descende un día al amanecer sobre la yerba de los campos en capa de rocío. Reanima las flores y las frutas, fertiliza la tierra, deslízase por entre el musgo en busca del arroyo, el arroyo la lleva al lago, el lago al torrente, el torrente al río, el río la vuelve al mar, la mar la encamina al Estrecho africano por las corrientes superficiales; entra en el Mediterráneo de nuevo, transformada ya y viril, formando parte de las olas que azotan mi barco, se levanta y me cuenta esta sublime historia, cae de nuevo entre sus alegres compañeras que me animan en mi solitario viaje nocturno, y se dispone á atravesar conmigo dentro de tres semanas el istmo de Suez, para comenzar nueva peregrinación por los mares indios.

Pues bien, gota de agua, ¿qué va á ser de nosotros? (la pregunto). ¿Hay un desnivel en el mar Rojo, pronto á inundar los pueblos y las costas del Mediterráneo? ¿Qué va á suceder después que emprendas tu peregrino viaje al Oriente?

La gota no contesta sobre los extremos del futuro: sigue relatando su pasado, como quien se goza en contar campañas añejas en que ha tomado parte, pero se cuida muy poco del porvenir.—Ella ha sido nieve, granizo y lluvia; ha ascendido á las cúspides de la sierra por absorción, ha circulado en la gruta de las montañas por decantación, ha descendido pura y cristalina á los valles por destilación; ella ha sido provi-

(1) Reproducir este artículo del corresponsal de *La Epoca*, no solo por la oportunidad e interés de sus noticias, sino también por su mérito literario. Lo mismo haremos con los sucesivos para tener á nuestros suscritores al corriente de esta canalización, que puede considerarse como el mayor de los sucesos contemporáneos.

dencia del caminante en el arroyo, recreo en el lago, salud en la fuente termal, alegría en el aire, riqueza en el suelo, locomotora gratuita en sus bulliciosas peregrinaciones; ella ha dado su sal para beneficio, purificándose al propio tiempo, y se ha impurificado voluntariamente para beneficiar la vida de los hombres. Ha vivido en el campo y en la ciudad; en el tocador de la dama y en la banca de la lavandera; ha sido alimento y aseo, distracción y regocijo, susto muchas veces, terror algunas; pero aun en estos contados casos, producto casi siempre de la incuria humana, ha traído en compensación la calma tras la tormenta, la fertilidad tras el desborde.

¡Oh, gota divina de agua, origen de la palabra *manantial*, que todo lo abarca y simboliza! ¿Es cierto que los hombres te usurpan los derechos imprescriptibles que te donó el Creador? ¿Es cierto que estás irritada, como dice el capitán Jonas? ¿Quién es ese diablo de francés que perturba tu curso, ó por mejor decir, que precipita tu curso por nuevas y desconocidas regiones?

## III.

El caballero Fernando de Lesseps tiene ahora sesenta y cuatro años. Es un hombre de agradable presencia y de mirada viva y penetrante, como debe exigirse de todo el que concibe y realiza un pensamiento gigantesco. Lleva su edad con la indiferencia juvenil de quien no tiene tiempo para ponerse malo, ni un instante de reposo para ponerse viejo. En cuanto abra el istmo, va á casarse.

Veinte años de educación en la escuela política de París le bastaron para hacerse ingeniero y diplomático. En 1825, fue ya agregado al consulado general de Francia en Lisboa; después al de Túnez, mas tarde al de Egipto, en cuyo país desempeñó funciones subalternas primero, en el Cairo y en Alejandría: representación personal mas tarde en estos mismos puntos, y misiones diplomáticas, en fin, coronadas de éxito decisivo, entre el Egipto y la Puerta, hasta el año de 1838. En aquel tiempo la mitad de su vida había sido francesa, la segunda oriental.

Restábase hacerse español por otro tercio de su existencia diplomática. En 1839, después de desempeñar algunos meses el consulado general de Rotterdam, fue nombrado cónsul de Málaga, tres años después de Barcelona, seis años mas tarde ministro de la república en Madrid. En estos diez años de españolismo adquirió Mr. de Lesseps su gran reputación de hábil representante y decidido campeón de los intereses de su patria. El bombardeo de Barcelona, acaecido en 1842, fue para el cónsul un campo de actividad, de pericia, de valor y de todo linaje de virtudes cívicas: Francia le condecora, los príncipes europeos que tenían nacionales en Cataluña hacen lo propio, el ayuntamiento de Barcelona le regala una corona de oro, la reina Isabel le nombra comendador de Carlos III. Muy joven aun, hace prodigios de caridad en Alejandría durante la terrible peste de 1834; hombre formado ya, hace prodigios de humanitario celo en las luchas civiles de la pobre España. Aquí obtiene la gran cruz de Isabel la Católica, y termina, puede decirse, su vida diplomática.

En desacuerdo con el príncipe-presidente de la república francesa sobre lo cuestión de Roma, á cuya ingerencia se le había llamado, Mr. de Lesseps pide su cesantía en 1849 y se retira de la diplomacia, en que había servido cerca de veinte y cinco años, para dedicar otros veinte á la apertura del istmo de Suez.

Amigo íntimo de Mehemet-Ali, el virey gran reformador de Egipto, inteligencia y brazo primitivos á quien han de deberse todas las conquistas futuras de los pueblos de Oriente, Mr. de Lesseps enlaza aquella amistad y sus recuerdos con este estado ocioso que se crea; y decide acometer en 1850 lo que había concebido y meditado desde 1831.

En efecto: Mr. de Lesseps al pisar el Cairo se había hecho las mismas preguntas que el general Bonaparte hizo al ingeniero francés Mr. Lepère al pisar á Alejandría en 1798:—¿Por qué no se comunican directamente el Mediterráneo y el mar Rojo? ¿Por qué no se reproduce en nuestro siglo la obra colosal de los Faraones?

Mr. Lepère contestó á Napoleon con un proyecto mas colosal, sin duda, que el de los Faraones; pero ni la ciencia del ingeniero ni la actividad del capitán podían entonces emplearse en una obra que exigía mayor cultura y tiempos mas bonancibles que los de la revolución francesa de 93. Napoleon dijo la primera palabra del atrevimiento, Lepère la primera de la ciencia, Lesseps la primera de la ejecución.—Este había estudiado los restos del canal de Necos, construido hace 4,000 años próximamente, aunque en proporciones muy exiguas comparadas con las del proyecto que bullía en su cabeza; había estudiado el proyecto de Bonaparte, grande para su tiempo, pequeño para nuestros días y para las verdaderas necesidades del mundo en general y del Egipto en particular; había estudiado las Memorias que por inspiración del padre Enfantin se escribieron sobre el terreno en 1847 cuando una comisión de sabios, amparada por Luis Felipe, marchó

á reconstruir el pensamiento de Bonaparte y los cálculos de Lepère; había estudiado ese enorme y vociferado desnivel de las aguas, en que no creía; esa gran necesidad de riegos dulces en que soñaba para hacer del desierto la primera tierra productiva del orbe; habíase inspirado, en fin, en la mayor de las osadías, para la cual se conceptuaba templado; y cerrando los ojos á las contrariedades del mundo, negoció y obtuvo en 30 de setiembre de 1854 una primera acta de concesión del canal, firmada en el Cairo por Said-pachá, virey sucesor de Mehemet-Ali.

Cincuenta años iba á cumplir Mr. Fernando de Lesseps, cuando acometió una empresa que necesitaba la vida tal vez de muchos hombres. La Providencia, sin embargo, guarda la suya en una integridad de fuerzas admirable, para que este hombre extraordinario formule un proyecto colosal, sostenga una guerra titánica contra los enemigos de la obra, reuna y armonice los inmensos capitales de dinero, de ciencia, de industria y de trabajo que se necesitan; para que se haga caminante, ingeniero, economista, orador, soldado, misionero, periodista, agricultor, apóstol y casi mártir del mas decisivo y trascendental proyecto que se ofrece á la solución del siglo XIX.

Hé aquí el hombre en compendio.

Hé aquí ahora la cosa en abreviatura.

Entre el Oriente y el Occidente se cambian cada año siete millones y medio de toneladas, en 9,500 barcos. Circulan además 100,000 viajeros. El valor de la mercancía se calcula en 16,000 millones de reales.—Estas son las cifras primitivas sobre las cuales va á abrirse un canal que acorta en 3,000 leguas la travesía.

## EXPOSICION DE MAQUINAS AGRICOLAS

EN VALPARAISO.

(VÉASE LA LÁMINA DEL NÚMERO ANTERIOR.)

No siempre los individuos han de aplicarse sus fuerzas intelectuales á la invención de armas mortíferas, ni siempre las naciones se han de ocupar en sostener esta especie de lucha amenazadora que consiste en exhibir mutuamente las unas á los ojos de las otras los medios poderosos con que cuentan para la destrucción y el exterminio de sus enemigos.

Otras lides, que no indican menos talento ni instrucción, y llevan la ventaja de ser altamente útiles y humanitarias, son las de los inventos pacíficos; las exposiciones de esos nuevos aparatos que son poderosos brazos para la agricultura, la industria y el comercio; en una palabra, para las artes civilizadoras por excelencia. ¡Cuánto mas elevado resplandece el talento cuando se emplea en beneficio de nuestros semejantes!

En la hermosa ciudad de Valparaiso, uno de los puertos más concurridos é importantes del territorio chileno, se ha verificado últimamente una exposición de máquinas agrícolas, en que por sus notables productos puede asegurarse que han ganado la palma Inglaterra y los Estados-Unidos.

En el inmenso salon donde estaban colocados los más importantes productos de la maquinaria agrícola, bajo las banderas de las diversas naciones que habían tomado parte en la Exposición, se veían ordenados simétricamente desde los más sencillos hasta los más complicados aparatos, con expresión de su procedencia, objeto, precio, nombre de inventor ó fabricante, etc.

Llamaban especialmente la atención de la numerosa concurrencia que visitaba el edificio las máquinas segadoras y trilladoras de Wood, la segadora de Wundsert, las nuevas rejas de arado por el sistema Glaadstone y otra multitud de aparatos destinados á facilitar y mejorar las rudas faenas de la agricultura.

De desear es que el uso de tales máquinas se estienda, venciendo las añejas preocupaciones de los labradores, que suelen perjudicar en alto grado sus mismos intereses por seguir ciegamente una absurda rutina. A los gobiernos, y sobre todo, á los grandes propietarios rurales corresponde emprender con perseverancia tan árdua y beneficiosa tarea, especialmente en aquellos países donde menos ha penetrado el progreso moderno. Ciertamente que será recompensado con exceso semejante trabajo por los copiosos frutos que producirá en la riqueza particular y por consecuencia en la abundancia y poder de las naciones.

## COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

LAS FIESTAS DE MI PUEBLO.

(DE UNA NOVELA INÉDITA.)

(CONCLUSION.)

Llegó por fin la hora tan deseada por los rapazuelos, que era la de las cuatro de la tarde. Vendedores im-

provisados de avellanas, garbanzos tostados y naranjas atronaban el aire con sus gritos, formando coro con los aguadores. Las muchachas más lindas del pueblo lucían sus gracias en las próximas carretas; el ayuntamiento en masa, con su rechoncho alcalde, ocupó la suya, y don Alfonso Ramirez, su hija Elvira, la forastera Julia y Ramiro, primo de Elvira y sobrino de don Alfonso, se arreglaron al fin cómodamente en la de honor, que les estaba reservada.

A las cuatro en punto se hizo el despejo de ordenanza, y en seguida apareció el alguacil á pedir la llave al presidente, montado en un soberbio caballo alazan, adelantándose con magestad hácia la carreta del ayuntamiento, no vestido con el traje lujoso de sus semejantes en las grandes ciudades, porque *non licet magna cum parvis componere*, sin capilla negra ni sombrero de plumas, sino con trage completo de majo, esto es, con sus botines negros tan lustrosos como el rostro de un habitante del Congo, con sus calzones azules de botoncillos de plata, chaqueta negra, chupa y faja del mismo color, y con un sombrero calañés de la antigua y acreditada fábrica de Miura. Se conocía en el color sanguinolento de sus orejas que el buen hombre no estaba acostumbrado á exhibir su persona ante un público tan numeroso, y esta observación cobró después mayor crédito cuando, al tirarle la llave, en vez de caer en tierra ó en el sombrero, le dió en las narices un sonoro golpe, que se oyó en toda la plaza. Dos gruesas lágrimas rodaron entonces por sus tostadas mejillas, con acompañamiento de horrosas visiones, que hicieron llorar de risa á los desapiadados chichuelos.

Lidiáronse en seguida los tres toros embolados, causa, como de ordinario, de algunas contusiones, de sustos y congojas de parte de los lidiadores y de sus familias, que presenciaban el espectáculo, y después sonó el clarín, y salió á la arena el retinto Pajarito. Los picadores, colocados á la derecha del chiquero, aguardaron animosos la salida de la fiera, que no se hizo esperar. Los tres midieron el suelo con sus caballos, y uno de ellos, el maestro Juan Becerra, (a) Conejito, voló después por los aires, y cayó en la carreta de su suegro, con quien había reñido aquella misma mañana. Mal que bien, sin embargo, todos cumplieron con su deber, aunque sus hazañas quedaron bien pronto oscurecidas por el singular arrojado del hijo de Antonio Venegas, mozo listo, algo presuntuoso y osado, que se presentó con una silla en los medios á imitar el quiebro del Gordito. Mirábanlo todos con ansiedad; pero nadie como la hija del Mondio, Mariquilla la Pelona, esposa suya prometida.

El toro, al ver aquel espantajo sentado, que parecía burlarse de su poder y de sus iras, le arremetió dando un horrible resoplido. No se oyó entonces una mosca, y cesó hasta el aliento de los espectadores. El mozo Venegas pasaba por hombre animoso é inteligente taurómico; pero los ojos de un toro deben ejercer en los más valientes una fascinación semejante á la que, según dicen, ejerce la serpiente en los míseros pajarillos. Ello es que Venegas ni dió el quiebro, ni se movió de la silla, sino que se mantuvo tan inmóvil como los senadores romanos en el *Forum* en presencia de los gallos. El contenido y el contenido, ó la silla y el lidiador visitaron los espacios aéreos, y al caer se volvieron las tornas, y apareció la silla sentada en el hombre; no al revés, como se usa entre cristianos. Venegas se transformó en máscara con la cara llena de tierra, aunque sin lesión grave, porque el cuerno del toro, envidioso tan sólo de la obra del sastre Antoñuelo, se contentó con rasgarle el pantalón por las ingles y echarle fuera todo el pañal, no muy limpio por cierto. Daba lástima de ver á la Pelona, encendida como un tomate, y tapándose la cara con el pañuelo por no mirar á su amante en la posición de Nabucodonosor, rey de Babilonia, corriendo á cuatro pies por la plaza con el apéndice del pañal.

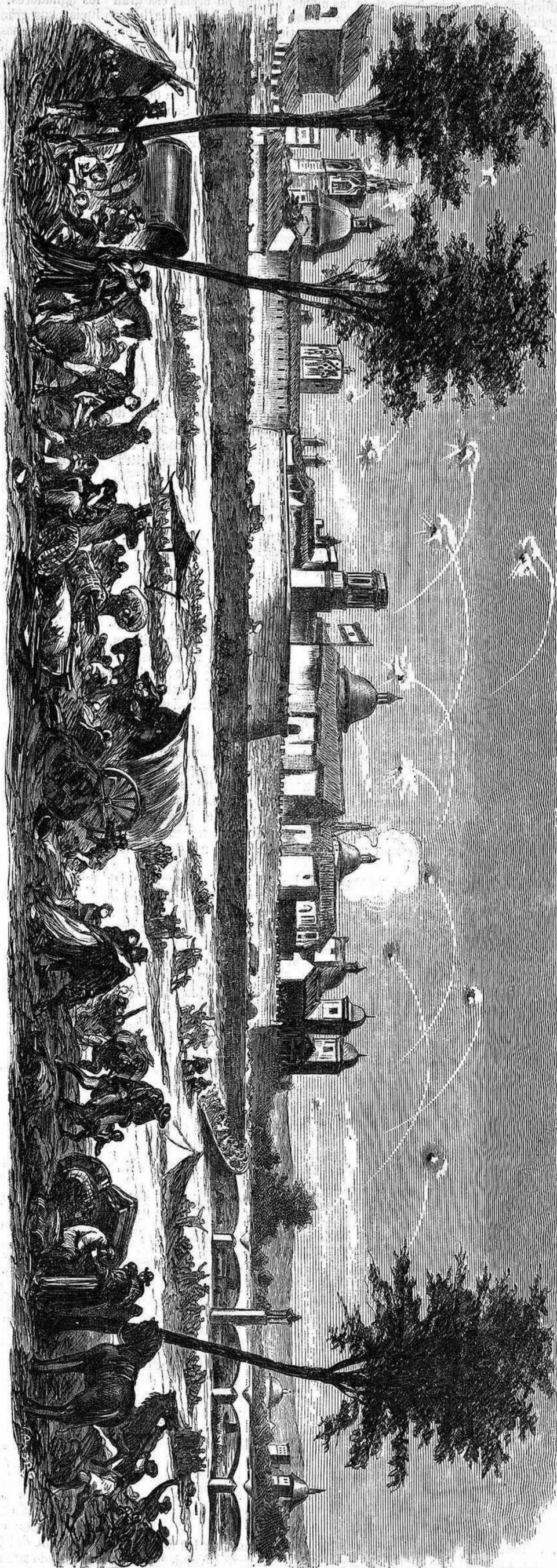
En la suerte de las banderillas ocurrió también su percance. Pedro Trebujena, (a) Chicharito, y Antonio Ramales, (a) el Bizco, se habían comprometido á ponerlas; pero no contaban con la huésped; esto es, con que el toro, que debía ser un Aristóteles cornudo, sabía perfectamente quienes eran sus enemigos. Las dos banderillas de Chicharito, después de varias tentativas frustradas, aparecieron con escándalo de los aficionados en las partes posteriores de pajarito, engalanando una el rabo, y la otra las nalgas. El Bizco fué todavía mas allá, porque ya sea á causa de una ilusión óptica, que podrá acaso explicar un oculista, ya de miedo, ya, en fin, por alguna alucinación de esas que á veces nos hacen tomar los árboles por fantasmas, ó á las montañas de arena por encantados castillos ó verdes oasis, ello es que no las clavó en el toro, sino en las espaldas del chulo, que había de sacar el toro con el capote. El hierro de una de ellas se había fijado de tal suerte en el desdichado mozo, que, al caer hácia abajo por su propio peso, le infería grave daño, por cuyo motivo fue preciso que atravesase la plaza de un extremo á otro, tan inmóvil todo su cuerpo, excepto las piernas, como el de una estatua egipcia, y con grave riesgo de llamar la atención del toro, que probablemente no le hubiera mostrado su agradecimiento por haber recibido, como

involuntario sustituto lo que á él se destinaba. Las últimas que puso Chicharito, antes de tocar á muerte, se clavaron en el vientre del toro, merced á una voltereta arriesgada del banderillero, que sin saber una palabra de magia blanca ni negra, se encontró despues de medir el suelo con las costillas, bajo su cornudo enemigo.

Pero la peripecia más grave de la corrida fue la muerte de Pajarito. El matador era Nemesio Ascarza, sobrino del señor cura. Su cuerpo, mas parecido á una lombriz que al de un hombre, tenia sobre poco más ó menos la altura exacta de un perro sentado. Dos patillas enormes colgaban de sus mejillas, de un color rubio algo sucio, que lo asemejaban más á un ruso ó polaco que á un habitante de Andalucía. Sus brazos, de longitud desmesurada, parecían de esos monos grandes, conocidos con el nombre de jibones ó gorillas, y si se hubiera dedicado á bailar en la cuerda, pudieran servirle de balancin. Pero á pesar de sus imperfecciones físicas, pasaba por hombre de corazon, y lo demostró, en efecto, yéndose sin vacilar al toro, y dándole tres paños de muleta, como lo hubiese hecho el mismo Cúchares, y lanzándose en seguida al grano. No consiguió, sin embargo, ni arañarlo, sino que rodó por el suelo, y como se dice en terminos técnicos, llevó un magnífico repaso, aunque sin ser herido, sin duda por el escaso blanco que ofrecía su cuerpo á las cornadas del toro. Levántose nuestro hombre enfurecido, y despues de numerosas tentativas para matarlo, todas frustradas, despues de varios revolcones sin consecuencia, despues en fin, de impacientarse largamente al público, hubo de retirarse á su casa molido y quebrantado, mas que don Quijote por los yangüeses.

Este contratiempo produjo gran conmocion entre los espectadores, porque asistian á la corrida muchos forasteros de los pueblos vecinos, y en sus rostros se veian señales inequívocas del menosprecio en que tenian á los del pueblo. Los ancianos declamaban con énfasis contra la degeneración de las buenas costumbres, no encontrándose entonces un hombre, para matar el toro, cuando en su juventud pululaban á docenas. Al fin hubo una verdadera revolucion, porque todos gritaban con voces desahoradas, se agitaban los pañuelos tirábanse á los lidiadores todo linaje de proyectiles y el presidente y los concejales hablaban y disputaban, y no sabian qué resolver. ¡Quién lo mata, quién lo mata! exclamaban todos á un tiempo, la mayoría con verdadero furor, y alguno que otro con la risa en los labios.

El conflicto era mas grave de lo que parecia, y Dios sabe en lo que hubiera terminado. Afortunadamente saltó á la plaza un jóven de alta estatura, esbelto talle y agraciado semblante, que recogió la espada y la muleta, y pidió permiso al alcalde para matar al toro. Una salva frenética de aplausos lo acogió desde



BOMBARDEO DE VALENCIA EL 16 DE OCTUBRE DE 1869.

luego: saludáronlo todos los pañuelos, y todos los rostros se animaron.

Pero la sorpresa de los espectadores fue grande, cuando habiéndole concedido el alcalde el permiso para matar al toro, se dirigió hacia el lugar que ocupaba don Alfonso Ramirez y su familia, y pronunció el siguiente brindis: «Brindo por este pueblo, que es el mio y el de mis padres; brindo por sus dignas autoridades; brindo por don Alfonso Ramirez; noble y cumplido caballero, y brindo... por los bellos ojos de su hija, la reina de esta fiesta.» La aludida se puso encarnada como una amapola, don Alfonso se quitó el sombrero é hizo una profunda cortesía, y todos aplaudieron al simpático mozo, que tan bien interpretaba los sentimientos del vecindario.

El toro, cansado ya de tanto juego, bien fuese en señal de desprecio hacia sus lidiadores, ya para recobrar sus fuerzas, ya en fin porque creyese, como ciertos políticos, que en las grandes crisis lo mejor es estarse á la capa, y esperar los sucesos, se habia arrimado á las tablas, ó mejor dicho á las carretas, y al parecer no pensaba moverse. En vano el atrevido matador lo incitó con la muleta á salir á los medios, le golpeó el hocico con la espada, y hasta le arrancó con grave riesgo la lujosa divisa, llena de sangre y de polvo que lo adornaba. El toro debía ser aragonés por lo testarudo, limitándose sólo á amagar con la cabeza, aunque sin moverse de su sitio. Por último, tanto lo atormentaron desde la carreta más próxima con palos y banderillas, que en un instante, en que el matador estaba descuidado, arremetió á él con tal furia, que faltó poco para ensartarlo. Libróse del peligro dando hacia atrás un salto, advertido á tiempo por un clamor unánime del público, que lo sacó de su distracción.

Pero el toro atravesó la plaza, y tornó á arrimarse á otra carreta, y volvió á llover sobre él segunda nube de palos. Comprendió por último el matador que era indispensable acabar con un animal tan receloso, y dirigiéndose á él y hostigándolo con la punta de la espada, logró al cabo despacharlo de un volapie soberbio.

Sonaron entonces las fanfarrias, sonaron los aplausos, y la plaza se inundó de sombreros. Los prudentes bajaron á contemplar de cerca á la temible fiera, y todos se apresuraron á felicitar al afortunado matador. Muchos bellos ojos lo miraron con amor; muchos suspiros exhalaban algunos pechos, porque Marte y Venus todavía, ó el valor guerrero y el amor reinan tambien ahora y reinarán hasta la consumación de los siglos entre los hombres, y aun dicen que hubo abuelas sexagenarias, que como las jóvenes dirigieron tambien su vista hacia el palco de don Alfonso Ramirez, en el rostro de cuya hija se veia retratado el placer más lisonjero.

Y así acabaron las fiestas de mi lugar el año de gra-

cia de 1853. Dejaron recuerdo perdurable en la memoria de las gentes, y todavía se refieren hoy tan importantes sucesos en las noches largas del invierno, cuando el aquilon muje en calles y corrales, y suenan las canales, y el frio reúne en el hogar á la familia, y faltan en el pueblo palizas, borracheras, amonios y escándalos que den aliento á la imaginacion y suelta á la lengua. Y como el autor ha leído algunos libros que se titulan historia y no lo son, no ha vacilado por la ley alopatía de los contrarios en intercalar en una novela lo que se llama novela y es historia, y además verídica y auténtica. Los lectores pueden ó no creerlo, segun les acomode, pero lo cierto es que al autor acomoda que lo crean, puesto que no se trata ni de manifiesto ni de profesion de fe política, ni aun siquiera de una declaracion amorosa.

EDUARDO DE MIER.

de razonamientos estamos conformes: pero eso de representar bien el mendigo, supone una aquiescencia con el fallo de la suerte instable y loca y una falta de energía además, que pugna con el adagio, «ayúdate y Dios te ayudará.» El dicho de Epicteto, si no se estiende á más que aconsejar la humildad y resignacion necesarias en el que pide, y á circuncidar todos los deseos, es provechoso y bueno; pero si se estiende, como lo parece, á decir que no ha de hacer nada por salir de su mísero estado y que así como el opulento para representar bien su papel ha de rodearse de lujo, el mendigo debe hallarse bien en la miseria y la inmundicia como en su elemento, es un consejo detestable. El ser mendigo no es un estado natural á que haya de conformarse el hombre como á ser blanco ó moreno, alto ó bajo.

La actividad, la industria, el trabajo pueden sacarlo

critor, que la felicidad no debía medirse por las riquezas, por el número de latidos ó de digestiones, sino por haber representado con conciencia nuestro papel y hecho nuestra salida con aplauso. En efecto, ¿qué teme un actor que sale á las tablas y acomete á representar un papel? El éxito sin duda alguna. Y ¿cómo no ha de temer lo mismo el hombre sobre el gran teatro de la vida, cuando el público son series de generaciones, que equivalen á un aplauso continuo ó una silba eterna? Y cuando no temiese ni el castigo en la otra vida ni la censura de la posteridad, todavía el hombre de bien debe representar su papel lo mejor que pueda, sin pensar en más premios ni recompensas que en la satisfaccion de llenar bien su puesto.

Por lo mismo que el mundo es histrion, toda la moral consiste en ser lo que es, en caracterizarse bien el personaje. En nuestros escritores antiguos habia esta tendencia á distinguir en la sociedad estados, que correspondian á otros tantos caracteres de más ó menos relieve; pero del mismo género y naturaleza. Estos caracteres sociales formaban doce grupos, cada uno de los cuales tenia por tipo un gran personaje del teatro mitológico antiguo, que en doce grandes representaciones dramáticas ofreció los modelos ó dechados á que habian de ajustarse los hombres. El personaje es Hércules, y las doce representaciones en que se caracterizó y acentuó, fueron sus doce trabajos ó empresas, emblema de los trabajos de la humanidad. Don Enrique de Villena compiló esta doctrina en su poema intitulado: «Los Trabajos de Hércules,» siguiendo las huellas de Boecio y presentando en el dramático é infatigable hijo de Júpiter como el patron á que habia de ajustarse cada estado que caracteriza al hombre en la sociedad con sus diversas gradaciones. Así el estado de príncipe representa emperadores, reyes, duques, marqueses, condes, capitanes, gobernadores y todos los que tienen jurisdiccion temporal; el de prelado comprende pontífices, cardenales, patriarcas, primados, arzobispos, obispos, abades, priores, rectores, oficiales, ministros, guardianes y todos los que tienen jurisdiccion eclesiástica; el de caballero comprende rico-hombre, noble, infanzon, caballero armado, gentil-hombre y demás hidalgos á quienes corresponde ejercicio y jurisdiccion en las costumbres buenas y virtuosas, y á éstos siguen el de religioso en que entran grados diversos, el de ciudadano, mercader, labrador, menestral, maestro, discípulo, solitario, y por último el de mujer, á cada uno de los cuales va aplicado uno de los trabajos del semi-Dios, mostrando que en todas las condiciones hay obstáculos que vencer, vicios que evitar, tentaciones que apartar y virtudes que poseer, si se ha de representar bien y con aplauso el papel en el teatro del

globo. Y la verdad es, que por lo general, pocos saben su papel ó representan cabalmente el opuesto al que les pertenece, no habiendo cosa más repugnante que ver un rico mezquino al lado de un pobre liberal, un jefe que no sepa dirigir, un hombre de bien obligado á parecer malo, un perverso aparentando que es bueno, un discípulo que enseña, un maestro que ignora, un noble que se degrada, un plebeyo que quiere imitar al noble, una mujer varonil y un hombre afeminado, con otros cambios y mudanzas, que sobre el tablado vemos, lo que denota cuán pocos son los sabidores de su papel, aunque lo están representando todos los dias.

(Se continuará.)

NICOLÁS DIAZ BENJUMEA.

## EPISODIOS

DE LA

### INSURRECCION REPUBLICANA.

Muchas desgracias para la nacion y ningun beneficio positivo ha producido la vasta y formidable insurreccion del partido republicano, que acaba de tocar á su desenlace. Se ha peleado con un arrojo digno de mejor causa: la sangre española se ha vertido por españoles en campos y ciudades, durante cien y cien combates eslabonados rápidamente en pocos dias.

## EL TEATRO DEL GLOBO.

### III.

Hemos llegado al punto importante en este modo de considerar el mundo como teatro y llamar á los hombres actores, independientemente de que la representacion sea tragedia, drama, comedia, sainete ó farsa, ó de que sea todo en una pieza. Ya se ha visto que el hombre no puede elegir un solo papel ni representar siempre el mismo personaje, porque la naturaleza está sujeta á mudanzas. En esto realmente se parece el mundo al teatro; en la mudanza continua de situaciones y en la variacion de los papeles de cada actor, por poco que entre en la corriente de la vida.

En ella no es uno mejor actor que otro por la calidad del papel que le haya tocado mas alto ó más bajo, sino por la propiedad con que lo represente. Bajo otro aspecto puede decirse, que unos son más cómicos que otros por el infinito número de papeles que han tenido que representar, sea buena ó mala su ejecucion. Así, por ejemplo, puede haber quien naciendo en alto puesto y mezclado en los negocios no haya representado mas que un carácter, y quien nacido en alta ó baja esfera haya tenido que aprender por fuerza ó de grado muchedumbre de ellos, que es lo que llamamos vida aventurera ó vida de teatro. Los que tal han tenido, siguiendo caminos varios y adoptando estados diversos, son mas cómicos en cuanto han mudado más de escenas y de trages.

Un escritor puso en boca de uno de sus heroes, filósofo, esta pregunta ó problema: si aquel á quien tocó en suerte representar el principal papel era más feliz que el que representa el humilde. El problema no es nuevo, porque envuelve el problema eterno de la dicha humana tantas veces propuesto; pero encierra alguna novedad aplicada al hombre en concepto de actor cómico. Veamos cómo le han resuelto la razon y la filosofia cristiana, muy dispuestas siempre á considerar las vanidades de la tierra como relumbrones de teatro.

Ya un sabio de la antigüedad, que acreditó con sus hechos su doctrina, habia dicho: «Todo hombre que ha elegido un papel, un puesto, sea por sí, sea por otros, debe permanecer firme y constante; esto es, debe representarlo bien, sin temor ni consideraciones á nada ni á nadie. El que ha elegido el papel de maestro, debe enseñar; el de apóstol; predicar; el de jefe, conservar su autoridad; el de confesor, sostener la fe; el de soldado, acometer los peligros y así los demás. No hay duda en esto; porque tales actos caracterizan perfectamente al actor de tal modo, que no se concibe maestro sin enseñanza, apóstol sin predicacion, jefe sin autoridad, confesor que reniegue ó militar que vuelva espaldas al peligro. La moral estóica habia dicho por boca de Epicteto: «No olvides de representar tu parte en el teatro de modo que obtenga aprobacion, sea larga ó corta la que te se haya señalado. Si representas un mendigo, procura hacerlo bien, lo mismo que si te toca hacer un tullido, un príncipe ó un plebeyo. Tu deber es representar bien lo que representes, que al supremo autor toca elegir cual sea.» Verdaderamente que era singular esta filosofia del Póricico. En cuanto á la idea que va torciendo nuestro hilo



UNA CALLE DE ZARAGOZA DESPUES DEL COMBATE.

de su abyeccion y elevarlo á la opulencia, en lo que cumple mejor su destino que no en representar bien el papel de pordiosero, que es un papel repugnante. La situacion cambia y la cuestion se resuelve de otra manera en el terreno de la fe. Para Dios, dice San Pablo, no hay acepcion de personas. Que haya en la sociedad quien represente la del rey, quién, la del vasallo, quién, la del rico, quién, la del pobre, el Juez Supremo no ha de mirar al rango del actor, sino á la manera con que la ha representado. Y aun esto sucede á los hombres guiados por la recta razon, que no juzgan del mérito de un actor en el teatro artificial, por la parte que les haya tocado en la distribucion de la pieza; sino por la propiedad y verdad con que la desempeñan, y lo mismo puede ser silbado el que hace de emperador, si lo hace mal, que aplaudido el patán, ó el bobo, si lo hace bien. Este ha sido el tema constante de los doctores evangélicos en sus obras y en los púlpitos. La historia, que es el infierno ó el cielo del tribunal humano, sirve de mundano estímulo, á una con el divino de la fe. Para ella tampoco hay acepcion de personas, porque juzga al cabo de tiempo imparcialmente, y abaja á los poderosos y afortunados de la tierra y ensalza á los humildes, sin tener en cuenta otra cosa que el mérito verdad y propiedad con que respectivamente representaron los papeles que le cayeron en suerte en el teatro del mundo. Hablando de la ventura de esta vida, dijo oportunamente un es-

Pero las ciudades que más han sufrido por haber tenido en ellas lugar los más sangrientos episodios de esta lucha, son sin duda Zaragoza y Valencia. En la primera de estas capitales aun resonaban las voces y calorosos juramentos de los propagandistas y tribunos republicanos, cuando sus partidarios, puestos en armas y declarados en abierta rebelión, dieron principio á unas hostilidades que nunca debieron hallar lugar entre conciudadanos y hermanos. El duro carácter aragonés le hizo más obstinada todavía; pero el mal aconsejado arrojo tuvo que ceder al valor regulado por la disciplina. En la segunda, esto es, en Valencia, las causas estaban tan manifiestas y visibles, que por momentos se aguardaba un conflicto; por lo que la autoridad militar había manifestado sus recelos al gobierno y esperaba los refuerzos pedidos para precaver la sublevación, ó sofocarla lo más pronto posible. Pero estalló de repente y con elementos vigorosos. El súbito cambio de algunos batallones en quienes confiaba la autoridad, y por lo mismo había colocado en posiciones fuertes y estratégicas, hizo la insurrección más temible y más difícil de dominar, así como la inmigración en la ciudad de muchas gentes armadas de su vastísima huerta ó término rural.

No es nuestro propósito seguir las fases y alternativas de la lucha: además de ser tarea semejante a la de la índole de nuestro semanario, ya todos los periódicos de la Península han hecho de tales escenas un detallado y minucioso relato, narrando los sucesos día por día, y nadie hay que desconozca ya su origen, su incremento y su terminación.

Para que las láminas de EL MUSEO continúen presentando á nuestros lectores aquellas escenas donde se reúnen juntamente la actualidad y el interés, hemos encargado á uno de nuestros mejores artistas los dos excelentes grabados que acompañan al presente número.

El uno representa una calle de Zaragoza donde acaba de verificarse una empeñada lucha, de la cuál quedan todavía tristes señales. En primer término aparecen unos soldados recogiendo indistintamente los cadáveres de sus camaradas y de los paisanos, esparcidos acá y allá en diversas posiciones que indican claramente por su vigor y manera, que aquellos hombres han sido arrebatados en la robustez de su vida por una muerte violenta: las casas laterales con su aspecto sombrío, y más lejos los restos de una barricada demolida y deshecha por el cañon que acaba de rugir en la calle pública, donde sólo debe oírse el bullicio pacífico de la circulación y el tráfico, y la presencia del centinela sobre lo que fue barricada, completan el triste cuadro, en cuyo fondo, y dándole un pronunciado carácter de localidad, se eleva la famosa *torre inclinada* de Zaragoza, que como la de Pisa, en Italia, desnivelada también, llama la atención de naturales y extranjeros.

Representa el otro grabado el bombardeo de Valencia verificado el día 16 de octubre, y la fuga de gran parte del vecindario. Figuran en primer término los alrededores de la ciudad cruzados por innumerables familias que buscan un refugio contra los destructores efectos de la artillería.

Hombres, mujeres y niños, unos en diversas especies de vehículos, otros á caballo y los más pobres ó más presurosos á pie y con el morral ó envoltorio sobre la cabeza ó á la espalda, caminan llevando en su rostro y ademanes las señales de la turbación y desasosiego que experimentan. Tal vez alguna de aquellas mujeres que salvan á sus hijos, dejan sus esposos combatiendo por una ú otra parte; tal vez alguno de aquellos fugitivos tiene que lamentar alguna pérdida en su familia, el hundimiento de su casa, ó la destrucción de sus almacenes y talleres. Por el aire cruzan algunas bombas describiendo sus arcos convergentes y al fondo se contempla la parte de ciudad objeto del bombardeo, con sus magestuosos edificios, en alguno de los cuales ondea la bandera española.

El conjunto de una y otra lámina ofrece una idea clara de la escena representada, y merece contemplarse con atención por la bondad del dibujo y grabado, que fundándose en datos ciertos nos transmiten las citadas escenas con la mayor exactitud.

N. C.

## LOS HUEVOS DE PASCUA.

(CONTINUACION.)

El caballero se inclinó, y Catalina, abriendo ella misma con una llave secreta la pequeña verja del palacio, se deslizó como una sombra en medio de las tinieblas.

Enrique permaneció todavía largo rato delante de la fachada negruzca del edificio, en la cual brillaban varias luces. En este mismo momento, se levantó dulcemente una ligera cortina, y la figura encantadora de una joven se percibió en lo profundo de la habitación, como una estrella en medio de la noche.

Enrique de Luz la contempló durante algunos se-

gundos con cierta turbación, cuya causa comprendía él únicamente.

### III.

#### LAS REINAS DE LA NOCHE.

El día siguiente, sobre las once de la mañana, se hallaban reunidas tres mujeres en uno de los gabinetes del palacio imperial.

Una de ellas estaba vestida con uno de esos trajes de Oriente, que la fantasía de los pintores ha reproducido tantas veces; este traje apenas ocultaba la belleza de sus formas bajo uno de esos peinadores de largas rayas de oro y seda, en los cuales se envuelven, al salir de un baño perfumado, las mujeres del Cairo; sus brazos desnudos, divinamente modelados, salían de unas anchas mangas guarnecidas de perlas; sus pies jugaban dentro de unas babuchas de trabajo esquisito. Al ver la expresión fiera y animada de su semblante se la hubiera tomado, según la primera impresión que causaba, por una heroína capaz de romper lanzas en la arena de un palenque, ó de sostener en caso necesario una espada de mando; pero el fuego encubierto de su pupila, el ardor de sus más insignificantes movimientos, revelaban en ella una sed de pasión inextinguible. Ya no era joven, y el tiempo luchaba obstinadamente con aquella mujer; pero ella le resistía con enérgico vigor como un poder que jamás debiera tener fin. El arte más seductor, más laborioso y más seguro, había conseguido triunfar de sus arrugas y de su palidez; odoríficos polvos cubrían sus cabellos, mil aromas delicados y ligeros la envolvían de pies á cabeza y su cuerpo de estatua nadaba entre las pedrerías y las sedas.

Esta mujer era Catalina.

Viva, jovial, deliciosa, se parecía en este momento más bien á una alegre sultana que á una soberana que se aburre. Acababa de salir de las manos de sus doncellas, que habían empleado dos largas horas en ataviarla. La esperanza brillaba en su frente y en sus labios. Toda la noche había soñado con el caballero francés.

Otra de las mujeres, la que se hallaba más cerca de Catalina, formaba con ésta un contraste singular.

Prodigiosamente bella, pero débil como un frágil rosal, dejaba ver en toda su persona cierto aire de nobleza y sufrimiento que hacía pensar con dolor en una de esas suaves pinturas de Corregio, en las cuales se presenta la Virgen tan triste. Su rostro tenía el color mate de la cera; sus manos, sus espaldas eran de una palidez tan transparente que involuntariamente se sentía cierta especie de estremecimiento al mirarlas. Se hubiera creído que el más leve soplo debía llevarse esta tierna flor abierta bajo el rubio sol de Alemania y abogada, mas bien que abrigada, junto al trono de Catalina, la que en este mismo instante le dirigía muy á menudo y á hurtadillas una mirada celosa.

Esa flor, esa mujer, era la gran duquesa Natalia, casada con Pablo I.

Había nacido princesa de Hesse-Darmstadt, siendo escogida para esposa del futuro emperador, con preferencia á dos de sus hermanas que la acompañaran en un viaje de Alemania á Rusia. Su bondad, su gracia, la grangearon muy pronto las simpatías de los súbditos de Catalina. En Moscow, recientemente, el pueblo acababa de agruparse delante de ella en todas partes, besando con el mayor respeto los pliegues de su vestido, como hubiera hecho con una santa. Este era el primer crimen de Natalia á los ojos de la emperatriz, que estaba resuelta á mantener al gran duque Pablo en completa servidumbre, sin permitir que ninguno de los dos esposos llegase á adquirir popularidad por motivo alguno. Una vez herida en su orgullo, Catalina redobló su vigilancia respecto de la gran duquesa; los espías de su chancillería secreta, recibieron orden de seguirla á todos los sitios á donde fuese. Para desagradar á la altiva soberana bastaba que Natalia agradase á los moscovitas, bastaba que Natalia pudiese, como mujer de Pablo, llamarse también algún día: ¡la emperatriz!

Catalina, sin embargo sacudiera este día, ó más bien esta mañana de que vamos hablando, el peso de sus envidiosas preocupaciones, ya fuese porque se contemplase feliz con el encuentro de la noche precedente, ya porque el aire abatido de Natalia, su palidez y la alteración de sus facciones, tuviesen entonces para ella algun atractivo secreto. Por otra parte, el gran duque Pablo no estaba allí; debía cazar toda la mañana en Peterhoff. La emperatriz acababa de acercarse, según costumbre, sus labios á la frente de Natalia y la encontró helada.

¿Será verdad lo que Almann ha dicho? pensó. ¿Vivirá poco tiempo esta muchacha?

Y como para informarse más á fondo, Catalina se puso á considerar despacio á la gran duquesa. Sus cabellos que descendían á manera de dos cintas al lado de sus sienes, hacían resaltar la demacración de sus mejillas; sus ojos grandes é impregnados de encantadora pureza, aparecían rodeados de un círculo azulado. Inclinando su cuello de cisne, miraba el bordado de una joven que se hallaba á su lado y la sonreía con melancólica dulzura.

—Bien, murmuró con acento lleno de benevolencia,

bien, Arrika, sois una hada para el trabajo. Será preciso que me deis algunas lecciones, os lo prevengo:

La joven á quien Natalia se dirigía, se ruborizó instantáneamente como si el cumplimiento de la gran duquesa hubiese evocado en ella algun recuerdo; luego volvió á ocuparse de su trabajo, evitando las miradas de Catalina.

La linda niña poseía un conjunto encantador de gracia y de hermosura; todo en ella era rosado y fresco, desde el encarnado de su tez y de sus labios, hasta los deliciosos contornos de su seno apenas formado. Sus movimientos tenían cierta semejanza con los del pájaro. Treinta y dos perlas perfectamente alineadas en su pequeña boca, hacían nacer el deseo de verla reír ó cantar.

Arrika era tan joven y tan bella como la condesa Zinowieff, que se casó más tarde con Orloff. De cuando en cuando cogía de una cestilla de confites algunos de éstos, y se los ofrecía al mono favorito de Catalina, al mismo mono que, por una risible venganza, se conocía con el nombre de Choiseul, nombre que le había puesto la emperatriz con motivo de la guerra secreta que siempre la hizo este ministro francés.

Hacia algunos segundos que reinaba el silencio entre estas tres mujeres. La emperatriz fue quien lo rompió.

—Y bien, mi querida hija,—dijo con una sonrisa forzada á la gran duquesa,—y vos también, Arrika, ¿habéis olvidado por ventura el objeto con que nos hemos reunido aquí? Esta es la sala del Consejo y espero vuestra relación.

La duquesa y Arrika parecían algo suspensas.

—¡Hé ahí una cosa que me sorprende!—añadió Catalina,—estais ambas llenas de confusión, y así Dios me perdone, no sé por qué. Recordareis muy bien, amigas mías, que tenemos que darnos cuenta, todas tres, de lo que nos haya pasado esta última noche. Veamos; ¿los huevos de Pascua, no han sido acaso para vosotros origen de alguna aventura? Sobre todo, con el traje que llevabais enteramente igual al mio; de lo que no estoy celosa... porque al fin, las tres debimos correr una misma suerte. Confesad que mi idea no ha dejado de ser extravagante.

Catalina se gozaba contemplando la especie de aturdimiento que se había apoderado de ambas jóvenes.

—Hemos sido abrazadas las tres,—continuó con aire jovial,—estoy bien segura de ello; pero ¿por quién? ¿Cuántas veces? Ahí está el verdadero interés de nuestro asunto. Si Voltaire estuviera aquí, habría compuesto un cuento divino. ¡Oh! yo haré que llegue á saberlo todo bajo el velo de una alegoría... además, espero á Diderot. Nada temais por eso. Ninguna resultará comprometida más que yo.

La gran duquesa suspiró y dirigió á Catalina una mirada llena de supremo terror; parecía que un combate interior agotaba sus fuerzas. Arrika se puso colorada como una cereza y tembló como la hoja en el árbol.

—Y bien, ¿qué es esto? ¿Qué hay?—preguntó de nuevo Catalina.—No parece sino que os inspiro miedo. ¿Será necesario recordaros que tenemos aquí, esta mañana, una corte de amor á estilo de los antiguos trovadores? Nada de cuanto se diga en este sitio se sabrá fuera; nadie nos escucha. Así... empezad.

—¡Por piedad, señora, exclamó la gran duquesa cruzando las manos,—por piedad, no me preguntéis!...

—¿Por qué? ¿Qué es lo que teneis?—interrumpió la emperatriz admirada de la conmoción de la duquesa.—¿Tendréis acaso alguna queja que darne, princesa, y nos pondréis en el caso de tener que cambiar este gabinete en cámara de justicia?

—¡Oh! sí, sí, señora; de la justicia es de lo que se trata,—respondió Natalia.—Pero... no diré, no debo decir delante de nadie lo que ha pasado conmigo esta noche... Sólo á la emperatriz puedo decirlo... no á Catalina.

—Un negocio de Estado... alguna reclamación contra mis ministros... se os habrá suplicado que la hicieris llegar á mis oídos. ¡Sois tan joven!—replicó Catalina con ironía.—Si se trata de política, debo preveniros, mi querida hija, que no estoy de humor esta mañana para ocuparme de negocios del reino. Eso corresponde á Panin... Yo no quiero saber más que una cosa,—añadió jugando con el abanico,—y es si el caballero que os detuvo esta noche era joven, amable...

—¡Ah! no podeis figuraros, señora, la consternación que ese joven ha sembrado en mi pecho! Pero lo repito otra vez, lo que él me ha dicho y que yo debo poner en conocimiento de V. M., sólo V. M. puede oírlo.

—¿De veras? Pues bien, á otra hora escucharemos tan grave confidencia. Hay tiempo para todo, y una vez que vuestra noche de Pascua se presenta tan lúgubre, permitid, aunque no sea más que para distraerlos de esos tristes pensamientos, que pasemos á la de Arrika. Estoy segura de que en su beso no se habrá mezclado nada de política. Vamos, Arrika, decidnos lo que os haya sucedido. ¿Cuántos besos?

—Uno sólo, señora, respondió Arrika animada por el tono ligero de la emperatriz.

—¿Y de quién?

—De un bello joven, al cuál he entregado, señora, el lazo consabido.

—¿El lazo? ¿Y á qué hora? ¿En qué lugar habeis encontrado á ese caballero?

—Sobre las dos de la mañana, en la plaza del Almirantazgo.

—¿Y cuál era su traje?

—No he podido verle bien... Una larga capa oscura, me parece, y una escarapela verde.

—¡Es bastante extraordinario!—pensó Catalina recordando el traje que llevaba el caballero.—Sin embargo, se creería al oírlo que no había recibido nada. ¿Se habrá engañado esta muchacha? Continúa, Arrika, ¿qué os ha dicho el bello jóven?

—Muchas cosas llenas de fuego y de nobleza; pero yo comprendí muy bien que todo era debido al lazo en cuestión. ¡Con qué ardor lo llevó á sus labios! ¡Qué orgulloso se mostró al recibirlo! «No se separará nunca de mí, dijo; mañana todo el mundo me verá llevar los colores de Catalina!»

—¡Ese será, á lo menos, un modo de reconocerle!—se dijo Catalina cada vez mas admirada.—¿Estais bien segura, Arrika,—prosiguió,—de que era ese el mismo jóven francés?

—¿Y qué otro que no fuera él, hubiera podido espresarse con tal pasión? ¡Oh! sí, él era seguramente,—afirmó Arrika cediendo ella misma al encanto de sus recuerdos,—era el jóven cuyo brazo detuvo los caballos que nos arrastraban... cuyo valor...

—Es verdad,—interrumpió la emperatriz,—me ha recordado á Orloff en una ocasion muy parecida. He temblado, tú lo recordarás, Arrika, al verlo lanzarse delante de mi carruaje. Temia, Dios mio, que se rompiese un brazo como Orloff, á quien he vendido la herida con mi cordon azul. Hay en ambos encuentros,—prosiguió en voz baja,—cierta cosa inexplicable... Si mi consejero Ismaeloff estuviera entónces presente, ya sabria yo muy pronto...

En este mismo momento se abrió la puerta del gabinete y una mujer de unos sesenta años, notable por su colorete y el ampuloso talle que traia, interrumpió la conversacion.

—¡La condesa Kirkoff! ¡La esposa del teniente de la policia!—exclamó Catalina con una sonrisa de satisfaccion,—¡no podia venir en ocasion mejor! Veamos, querida condesa,—añadió dirigiéndose á ella y tendiéndola la mano con gracia,—sois de nuestras amigas, y con frecuencia os ha molestado mi curiosidad. No estais demás en esta especie de consejo privado. Aquí nos veis á las tres ocupadas en hacer una relacion exacta de los besos que hemos recibido en la noche de la Pascua. Vuestras mejillas, querida condesa, estoy segura de ello, han debido inflamarse varias veces. Hablad, tengo deseos de saber...

La condesa Minodora Kirkoff no conoció siquiera la ironia que acompañaba las palabras de su soberana; se sentó con la majestad de un consejero, y abriendo su caja de pastillas, ofreció una á Catalina.

—Ya que lo exigis, señora,—dijo con la turbacion de una niña,—debo contaros efectivamente la mas extraordinaria de las aventuras.

—¡Una aventura! Contad, contad, prorumpió Catalina, mientras que la gran duquesa dirigia con impaciencia y espanto sus miradas al reloj.

—Es una aventura en toda la fuerza de la expresion,—continuó la mujer del teniente de la policia.—Confieso que la noche se pasara para mí, hasta aquel momento, en medio de la más tranquila calma; excepcion sea hecha de algunos soldados ébrios y de algunos conductores de sillas, de que he conseguido preservarme afortunadamente. Ningun jóven había venido aun á ofrecerme el beso de costumbre.

—¡Ya lo creo! pensaron interiormente Catalina y Arrika.

—De repente, á las dos y cuarto, veo adelantarse hácia mí un caballero de excelente apostura. La capa que le cubria no lograba ocultar la elegancia de su talle. Al principio parecia confuso y tímido en mi presencia y hasta retrocedió algunos pasos como si yo le intimidase.

—¡Nada tiene de particular! dijo en voz baja la emperatriz á Arrika.

—Señora, me dijo al fin con acento delicioso, soy extranjero; no conociendo las calles de Petersburgo, acabo de perderme en ellas y me encuentro en el mayor embarazo.

—¿Qué quereis que haga yo, caballero, respondí al instante con tono bastante seco y recelando tener delante de mí uno de esos pícaros explotadores de bolsas ajenas. Buscad por ahí alguna persona, que no faltará, á fin de que os conduzca á donde deseais.

—Y si yo quisiera extraviarme voluntariamente? replicó con galantería el desconocido, dirigiéndome en seguida tales cumplimientos sobre mi talle y mis ojos, que llegué á temer si se burlaría. No, continuó, sois una mujer como se ven pocas; vuestros encantos electrizan de tal manera al que tiene la suerte de encontraros, que deja de ser dueño de sí mismo. Por piedad, no consintais que pase la noche toda á la intemperie; soy noble, permitidme que os tome por mi guía. En vuestro aire altivo, magestuoso, conozco perfectamente que debéis pertenecer á la corte, y yo justamente necesito que me indiqueis el modo de presentarme y de figurar en ella. Creed, señora, que os agra-

deceré en extremo las instrucciones que tengais á bien darme sobre este punto; dignaos, pues, ilustrarme entre tanto os acompaño á vuestra casa. Aunque me viese obligado á acostarme hoy en el banco de vuestra puerta, nunca me pesaria; pues á esta ocasion debo la fortuna de conocer á la mujer más graciosa de Rusia.

—Hé ahí un discurso sumamente apasionado, condesa Minodora,—dijo Catalina;—¿y qué respondisteis?

—Como él tenia en la mano su huevo de Pascua, tomé pie de eso para advertirle que era necesario, primero abrazar á las personas á quien se hablaba, lo que hizo en seguida del mejor modo y con una expresion que me conmovió. Hablamos luego de la corte y noté que prestaba suma atencion á mis palabras. Lo concerniente al ceremonial fue lo que más pareció sorprenderle. Al llegar á la puerta de mi palacio me olvidaba casi de que me acompañaba un extranjero; efecto de lo íntima que había llegado á ser nuestra conversacion. Instantáneamente el jóven se estremeció, prorumpió en exclamaciones, y miró de nuevo la inscripcion de mármol que anuncia el local donde se hallan establecidas las oficinas de policia.—¿Qué es esto? exclamó, ¿á dónde me conducís, señora?—Al ver cómo pronunciaba estas palabras con acento de reprension y de temor, confieso que no pude contener la risa.—Tranquilizaos, le dije, no os he conducido á ninguna prision, sino á mi casa. Uno de mis criados os acompañará á la vuestra, y si algun dia teneis necesidad de mi apoyo...—El jóven me interrumpió vivamente, dándome las más expresivas gracias. En este instante el carruaje de mi marido daba vuelta á un ángulo del palacio. El conde iba á entrar é hice una seña á mi acompañante para que se alejase. Al darme su mano, la capa oscura que llevaba se separó de sus hombros y he visto en su espalda un precioso lazo prendido por un broche de esmeraldas.

—¡Un lazo! exclamaron á un tiempo Catalina y Arrika.

—Sí. ¡Dios mio! ya estaba yo bien segura de que debía ser todo un caballero. Las personas vulgares no abrazan á una dama del modo que él lo hizo. ¡Oh! ¡y qué beso! ¡Un beso de primera clase!

—¿Y cuál era, señora condesa, el color de su capa y de su escarapela? preguntó Arrika tímidamente.

—La escarapela era verde y la capa oscura.

—¡Es él! pensaron Catalina y Arrika.

La condesa prosiguió:

—Dí secretamente la orden de acompañarle á uno de mis criados; esperando saber de esta manera su habitacion; pero por desgracia, Fedor, mi ayuda de cámara, no se acuerda de nada cuando ha bebido. De modo que este imbécil, habiendo pasado la noche no sé en qué taberna, no ha sabido responderme esta mañana á nada de cuanto le he preguntado. ¡Es preciso ser la mujer del primer empleado de la policia para verse tan mal servida! Estaba furiosa, cuando un misterioso personaje ha dejado para mí este billete. Como lo que estoy contando se parece tanto á una novela, creo que debo ponerlos, señoras, al corriente de los menores episodios. Hé aquí la carta del desconocido... ¡Juzgad!

La condesa Minodora Kirkoff sacó de su seno un papel que exhalaba un fuerte olor de almizcle y lo mostró á la emperatriz.

El billete estaba concebido en los términos siguientes:

«Señora: estoy muy lejos de considerarme digno de alto favor que habeis tenido á bien concederme. No es, pues, mi mérito, sino vuestras bondades, las que me animan á dirigiros la presente. Podria suceder muy bien que hoy mismo tuviese que recurrir á vuestra amable proteccion, no ya en las calles de Petersburgo, sino en otro sitio más respetable y más augusto. Dignaos, en caso de peligro velar sobre mí, y contad siempre con el ardiente afecto de un hombre que daría su vida porque todas las noches se pareciesen á la de los huevos de Pascua.»

*El Caballero del Lazo.*

A la lectura de esta carta se pintó una especie de estupor en la frente de la emperatriz. Arrika estaba tambien demudada.

En este momento un reloj dió las doce. Natalia se estremeció.

—Señora,—dijo la gran duquesa inclinándose al oído de la emperatriz,—señora, permitid que os hable un instante.

Por la primera vez quizás Catalina se conmovió por el tono con que fueron pronunciadas estas palabras. La voz de Natalia era temblorosa; su mirada de ángel llena de dulzura, revelaba una súplica. Mientras duró la relacion de la condesa, con sumo trabajo había reprimido la ansiedad de sus movimientos; cada instante que pasaba era para la pobre jóven una hora de tormento.

—Va á venir...—pensaba,—¡y qué le diré, Dios mio!

La emperatriz comprendió que iba á saber tal vez algun secreto de Natalia, y esta sólo esperanza la decidió á oírlo.

Despidió á la condesa y á Arrika.

Así que quedaron solas la emperatriz y la gran duquesa, aquella observó á ésta con cierto misterioso placer... Natalia aterrada, muda, temblaba delante de Catalina, como si ella misma hubiese sido culpable...

## IV.

## HIENA Y PALOMA.

—Ya escucho, mi querida hija, dijo Catalina después de un momento de silencio.

Esta sola frase *mi querida hija*, producía siempre en Natalia una especie de temor inexplicable.

Recordaba sin duda, la pálida y tímida niña, la terrible escena del Khitaigoród, en Moscow, cuando socorriendo de su propio bolsillo, lo mismo que Pablo, á los mercaderes de este inmenso bazar, arruinados por un incendio reciente, y viéndose rodeada por todas partes de los imprudentes homenajes de todo un pueblo que veía en ella su futura emperatriz, encontró la aterradora mirada de Catalina, aquella mirada que le prometía una venganza. La mayoría de Pablo había llegado y el gran duque recibiera de todos á porfia innumerables testimonios de amor y de obediencia. Mientras que Catalina se veía obligada á dejar á Moscow á toda prisa al ver semejantes manifestaciones, las flores, los trofeos sembraban las calles de la poblacion por donde pasaba Natalia; y bajo cada rosa, bajo cada arco triunfal, la gran duquesa había creído percibir una mancha de sangre... No era, pues, á su suegra, á su tutora, sino á una rival á quien la jóven esposa de Pablo iba á hablar.

Trémula, debilitada por una noche sin sueño, encontró sin embargo fuerzas bastantes para sacar de su pecho el papel que le entregara la vispera Andrés Stefanoff.

Este papel, que había recorrido ávidamente con sus ojos apenas volviera á palacio, lo ocultaba con sumo cuidado del gran duque Pablo. Parecia que este depósito le inspiraba terror. ¿Qué podia haberse escrito allí para que de tal modo se apoderase de Natalia el más horroroso miedo? ¿Qué pensamientos lúgubres, fatales había hecho nacer en ella aquel billete dirigido á Catalina la emperatriz? La jóven princesa no conocia siquiera el nombre de Andrés Stefanoff. Todo lo que consiguiera notar en él durante su corta entrevista, fue su fanatismo insensato y la nobleza de sus facciones.

—¿Qué le ha hecho Catalina á ese hombre?

Se preguntaba Natalia al abrir la carta de Andrés, aquella carta á cuyo contacto sentía su mano abrasarse. Después de haberla leído, un grito estridente, ahogado, se escapó de su pecho... ¡lo había comprendido todo! Desde aquel momento se quedó fria como el mármol. De noche, mientras que los alegres gritos de la multitud resonaban alrededor del palacio imperial, ¡jella, la pobre jóven, había rezado y llorado! Había llorado lo mismo que si Andrés fuera su hermano! ¡Le bastaba levantar una punta del velo que cubria tanta desgracia para compadecer y amar á aquel infortunado!

—¡Leed, por piedad, leed,—dijo presentándole el billete á Catalina.—Desde luego declaro, señora, que mi intervencion en este asunto es debida únicamente á la casualidad; y mil veces la bendeciré si consigo que una palabra de clemencia salga de vuestros labios... leed... leed...

Al hablar así Natalia, interrogaba con la vista el semblante impasible de Catalina. ¿Descendería por fin del cielo un rayo de justicia y de bondad sobre aquella frente erguida? ¿Conocería la emperatriz alguna vez los remordimientos y la clemencia? La princesa tembló al ver á Catalina recorrer con los ojos la firma del billete y luego estrujarlo entre los dedos con cólera. El odio, el furor, surcaban su frente como lívidos relámpagos... una mirada terrible aterró á la gran duquesa.

—¡Sois muy atrevida!—exclamó.—¿Quién os ha entregado ésto?

—El mismo interesado,—respondió Natalia bajando la vista.—He encontrado á ese jóven al salir de la iglesia de Kazan. ¡Oh! nunca pude sospechar que ante un sitio tan santo hubiese algun hombre, cualquiera que fuese, capaz de abrigar pensamientos tan horribles. Sin embargo, es la verdad, señora; estaba determinado á poner fin á su vida. Es un desventurado que espera una palabra de indulgencia de vos; un insensato cuyas desgracias han producido en él la locura.

—Decid más bien un culpable,—replicó Catalina con furia,—y agradeced el vínculo sagrado que os liga á mí tan de cerca... si no...

Y la emperatriz hizo un ademán amenazador que heló la sangre en el corazón de la gran duquesa.

—Contestadme,—añadió Catalina,—¿ha sido ayer cuando le habeis visto por primera vez en San Petersburgo?

—Ayer, por la primera vez; sí, señora, os lo juro.

—¿Y le habeis prometido que yo firmaría este papel?

—Se lo he prometido,—respondió Natalia, palideciendo de nuevo,—se lo he prometido por la Virgen y por los Santos Evangelios.

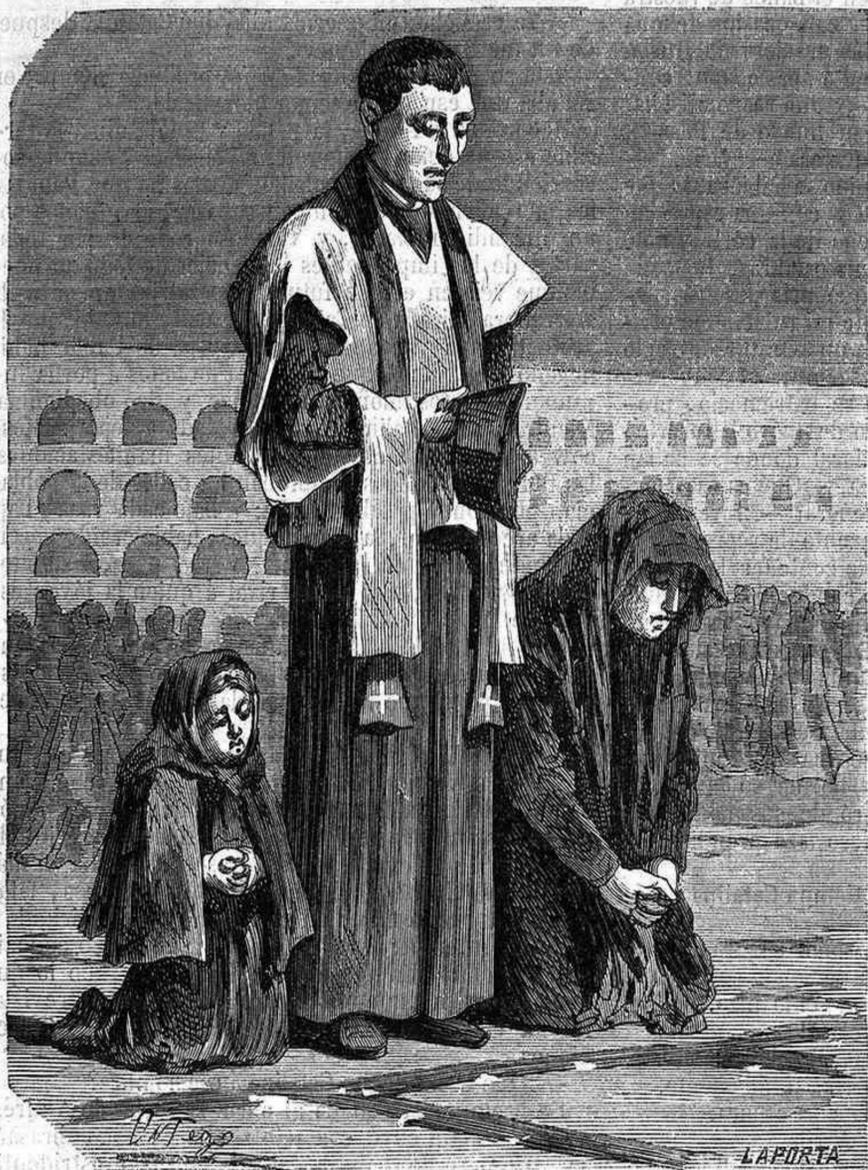
Catalina calló y contempló á la jóven con desconfianza.

—Es decir entonces,—dijo luego,—que ese hombre os amenazó, que os ha reconocido?

—Creyó, señora, que hablaba con la emperatriz Catalina.

—¡Cómo! ¡Ha intentado desafiarme!

DIA DE DIFUNTOS (EN EL CEMENTERIO).



Ellos, en su fé sencilla,  
le hablan y escucharle piensan.  
¿Quién sabe? Acaso las almas  
no descienden á la tierra?



Lágrimas y oraciones pide el muerto;  
pero en lugar de llanto y oraciones,  
sólo se le dedica mármol yerto,  
lacayos y magníficos blandones.

—No lo juzgo así. Sobre todo, señora, ¡es tan desgraciado!

—Os habeis portado de un modo extraño, Natalia. ¿Debiórais haber conocido en seguida que ese jóven era mi enemigo!

—Por eso mismo, señora, no he querido que se pudiese decir: «Catalina no conoce más que aduladores.» Este hombre padece un extravío ocasionado por su dolor; la pena, la desesperacion han destrozado su corazón... ¡Oh! ¡esto es demasiado cierto! Pero, es jóven, espera en vos, en la emperatriz; consentid que os hable un sólo instante ó que lea vuestro nombre debajo de ese escrito que os está dirigido. Hacedlo así, y no dudo que su frente volverá á levantarse alegre y despejada. Firmad, señora, ese papel y os deberá la vida.

—¡Jamás!—respondió Catalina con voz sorda.—¡Jamás! ¡Os prohibo hablar de ese jóven!

—No es á mí, ni tampoco al gran duque á quienes pueda culparse por la infraccion de una órden de nuestra soberana,—replicó Natalia despues de una pausa durante la cual se hubieran podido contar los latidos de su pecho.—Sin embargo, madre mia, yo habia prometido á ese desventurado...

A este nombre de madre, pronunciado tan raras veces por Natalia, una sonrisa de orgullo iluminó las facciones de Catalina. Contempló por espacio de algunos momentos á la jóven en silencio... La estremada melancolía de la gran duquesa, su gracia, su candor, le comunicaban un atractivo extraordinario.

Catalina sabia mejor que nadie que la jóven princesa sufriera mucho con la eleccion puramente política de Pablo I; pero comprendia tambien, la inexorable soberana, que al sacrificarse en aras de este himeneo Natalia habia conocido desde luego la extension de sus deberes; no ignoraba tampoco que esta mujer pura y digna procuraba de dia en dia, con viva solicitud, alimentar toda la nobleza y lealtad que abrigaba el corazón de su marido.

No era preciso más para que Catalina estuviera celosa... Más de una vez habia inspirado Natalia tiernos sentimientos; más de una vez los mismos adoradores de la emperatriz habian dirigido tambien sus imprudentes homenajes á la gran duquesa. Pero el corazón de Natalia, puro y transparente como el cristal, no dejara traslucir hasta entonces ni un sólo latido culpable á los inquisidores ojos de Catalina; y nunca tampoco, sino en aquel momento, se abrieran sus labios para pronunciar un nombre desconocido ante su suegra,

para pedir una gracia. ¡Tal era el temor que la emperatriz inspiraba á la desgraciada!

Esta ocasion era, pues, demasiado buena para dejarla escapar. Con su instinto de cortesana, comprendió Catalina muy pronto que se le presentaba un vasto campo donde podian figurar desde luego su odio y su venganza. Resuelta á procurar que la gran duquesa apareciese culpable de imprudencia á sus propios ojos, le dirigió estas palabras:

—¿Por qué, mi querida hija, no habeis entregado vos misma este billete al gran duque? ¿Por qué os encargásteis sólo de un asunto tan importante? El nombre de ese jóven está estrechamente unido á un secreto de Estado.

—Cuando se trata de pedir una gracia, ¿tengo acaso necesidad de dirigirme á nadie más que á vos?—contestó Natalia con acento penetrante.—Sois aquí la reina... ¡a vos únicamente imploro! ¿Otorgaríais á Pablo lo que pudieseis negarme á mí? ¡Oh! no lo creo, señora. Vos me amais, me amais tanto como á él, ¿no es verdad? De todas las dichas que se os pueden envidiar, la de perdonar es la más grande; es un derecho de vuestra corona y á ese derecho se halla ligado el primer eslabon de la cadena de vuestro poder. Descubrir un enemigo y poder decir: en un dia, en una hora, si yo lo quiero, ese hombre será mi esclavo, me obedecerá, hasta me amará; su odio desaparecerá para siempre... y todo esto lo conseguiré porque en vez de castigarle, habré sido clemente y generosa! ¡Ah! ¡señora! ¡No es este el más admirable de todos los prodigios? ¡Oh Dios mio! Sólo por ese derecho de perdonar anhelo la corona, y el dia que la obtenga...

—¿Pensais ya en ello? interrumpió friamente Catalina, con una mirada de fuego.

Natalia turbada, palpitante, conoció la falta que acababa de cometer; pero se encontró sin fuerzas suficientes para repararla.

—Verdaderamente, continuó Catalina, nada me admira que os ocupeis de los asuntos del Estado; no me he olvidado todavía del Khitaigorod, en Moscow. ¿Soñais con el cetro y la corona, no es verdad?

La emperatriz pronunció estas últimas palabras con toda la altanería de un supremo desden.

—El cielo me es testigo, señora,—dijo Natalia,—de que le invoco todos los dias para que conserve á la Rusia su emperatriz, á Pablo I su madre! Creedme, sólo la casualidad ha puesto delante de mí á ese desgraciado Y, ya sabeis, señora, que el destino pertenece á Dios...

—¿Cómo ese jóven á mi justicia!  
—¡Cielos! ¿Qué es lo que oido!  
—Dentro de una hora, Andrés Stefanoff será arrestado; dentro de una hora sufrirá el castigo reservado á su audacia.

(Se continuará.)

R. CAULA.

GEROGLIFICO.



La solucion de éste en el próximo número.

ABELARDO DE CARLOS, EDITOR.  
ADMINISTRACION, CALLE DE BAILEN, NÚM. 4.—MADRID,  
IMPRENTA DE GASPARD Y ROIG.